

MADAMA ROLAND ⁽¹⁾

I

La Revolución francesa ha cambiado más de una vez de aspecto por los que se dicen sus hijos. A medida que nos alejamos, las disidencias, en la manera de juzgarla, aumentan entre las generaciones que antes unánimemente reconocían. Los unos, los más ardientes, los más *avanzados*, según ellos mismos aseguran, la sistematizan en sus apreciaciones. Quieren coordinar hombres y cosas en orgullosas fórmulas que pretenden ser filosóficas y sociales; pero que, según nosotros, torturan los hechos, y les inponen por la fuerza un sentido sofisticado, independientemente de las pasiones miserables que, con frecuencia, dominan. Bajo la máscara de doctrinas generales que ellos adoptaron, ultrajando á los detalles verdaderos y á las sencillas nociones de la evidencia, fabrican este antifaz para figurar que, ante todo, son odiosas y para monstruosidades individuales. Los otros, los que no adoptan esta fórmula y que, en la vía democrática abierta en 1789, habían concebido esperanzas más moderadas, más realizables, parece que al ver las dificultades, los fracasos, los desengaños desde hace cuarenta y seis años hasta el día, consideran al programa de entonces como una grande generosa ilusión de nuestros padres, como una herencia prometida, pero que disminuye sin cesar, y de la que apenas queda la cuarta parte. Entre esta disminución poco valiente y la exageración de los otros, está el medio á que debemos atenernos. Sin duda, si la mayor parte de

(1) Este trozo ha servido de introducción á las Cartas inéditas de Madama Roland, publicadas por la casa Renduel en 1835.

los autores, de los héroes de la Revolución volviesen por un momento á convivir con nosotros, si viesen lo que ellos pagaron con su sangre, sonreirían piadosamente, á menos que la edad hubiese enfriado sus antiguos ardores y tranquilizado la sangre en sus venas. Sin embargo, hemos obtenido grandes resultados visibles de bienestar, ya que no de gloria; la igualdad en las costumbres, ya que no en la grandeza de las acciones; el goce de los derechos civiles, ya que no de los políticos; la facilidad para ocuparse en industrias y en otras aplicaciones del talento, ya que no la consagración de todos los talentos al interés general de la patria. Para nosotros, que adoptamos y disfrutamos estos resultados, si bien vemos lo que es la miseria á un precio que valía lo que habíamos soñado, que creemos en un perfeccionamiento social, seguramente muy lento y muy difícil á causa de los defectos de todos, contantemente nos volvemos á mirar al horizonte en donde brilló espléndida nuestra aurora, hacia aquellos nombres tan á menudo invocados cuyos ejemplos y virtudes esperamos ver reproducidos. Mas los tiempos son otros; los deberes han cambiado, las aplicaciones directas que se creían lograr fueron engañadoras. Al menos, en esta hornada caliente de nuestra primera Revolución, hay al lado de los despojos deformes y abyectos, admirables estatuas, que brillan espléndidamente. Mantengamos relaciones con estos personajes, preguntémosles sus pensamientos, que elevan nuestras almas; admirémosles por lo que han tenido de heroico y de desinteresado, como á esos grandes caracteres de Plutarco que han estudiado y admirado ellos mismos, independientemente del éxito de las causas que defendieron y de la suerte de las ciudades de que fueron honra.

Más que nunca es la inmortal Gironda el límite en que nuestro pensamiento se encuentra á su gusto y en donde obstinado se detiene. Es preciso comprender esto; pero nuestra admiración, salvo raras excepciones, está más allá. Al ver la fatal y creciente preocupación que inspiran á sus sucesores estas figuras tescass giga

muy frecuentemente salidas del lodo y lividas de sangre, al mismo tiempo que alumbradas por relámpagos de tormenta, al ver la lógica intrépida de las doctrinas que de ellas nacen y que sirven, según el pretexto y la ocasión á temores y á represiones contrarias, se puede pensar que el mal, los medios violentos, inicuos, inhumanos, aun suponiendo que en un momento de crisis hayan tenido utilidad inmediata, dejan en la imaginación de los huérfanos huellas funestas y contagiosas, ya por las exageraciones teóricas imitadas, ya por los temores pequeños y pusilánimes. A medida, pues, que el tumulto de los recuerdos se aclara y se calma para mí, yo me siento más inclinado hacia sus nobles figuras humanas de una bella proporción moral, que se detuvieron todas juntas con un instinto sublime y con un grito misericordioso, al borde del río de sangre, y que, por sus errores, sus sinceras ilusiones, las ternuras de su juventud que los enemigos le imputaban como *señales de corrupción*, cuando no eran sino debilidades de gentes honradas, y, por último, por el pequeño número de verdades inmortales que ellos predicaron, están grabadas en nuestros corazones y se hacen dueñas del pensamiento de los que sin sofismas buscan la dicha de los hombres. Madama Roland es la primera y la más bella figura del grupo; ella es el genio en toda su fuerza; su pureza y gracia; la musa más brillante y más severa en toda la santidad del martirio. Mas las exaltaciones que en este sentido se van idealizando, es preciso moderarlas, pues esta mujer es, sencillamente, un personaje histórico y majestuoso.

Está pintada por su propia mano de una manera que hace desechar toda intención de describirla. Si no se tienen algunos rasgos originales que añadir, como los poseían Lemontey y varios otros contemporáneos que la han visto, no hay más que ajustarse para lo esencial de su persona, á sus deliciosas é indispensables Memorias. ¿Cómo contar la vida de Juan Jacobo, su niñez, sus comienzos tan penosos, sus bellos años; cómo describir las particularidades de su fisonomía

de mozuelo después de sus *Confesiones*? Lo mismo podemos decir de Madama Roland. No se debe pasar el lápiz sobre el hermoso dibujo de esta figura fina y atrevida, grandiosa y elegante, sonriente y genial; no se debe querer trazar el perfil sencillo y sombrío, modesto y orgulloso; osar el retoque de esos días de la niñez que ella pintó con colores tan distintos y tan frescos, con todos sus encantos, á través de las verjas de la Abadía ó de Santa Pelagia, desde el taller de su padre en el muelle de las Lunettes, y el pequeño rincón favorito del salón que había elegido para su vivienda; desde las lecciones de catecismo en la iglesia de San Bartolomé, la retirada al convento de la calle Nueva de San Esteban y sus paseos por el Jardín de Plantas, hasta su permanencia dichosa y recogida en casa de su abuela Philipón en la isla de San Luis, su vuelta á la casa paterna cercana al Puente Nuevo y sus excursiones en domingo al bosque de Meudon. Todo esto está hecho y no hay más que leerlo. Esos detalles tan frescos, tan afortunados en ingenio y en expresión; esos inocentes y hondos recuerdos que se mueven en el fondo sangriento y fúnebre que les rodea y les estrecha hasta aplastarlos, forman una de las lecturas eternamente encantadoras y saludables, las más propicias para templar el alma y para exhortarla á la fortaleza.

La Correspondencia con Bancal, y algunas otras cartas inéditas que hemos tenido á la vista, nos presentan á Madama Roland en una fase de su vida que ella no detalló en sus Memorias, después de los años puramente familiarmente íntimos, y antes de la entrada de su marido en el Ministerio. Entre las cartas dirigidas á Bose, publicadas en la última edición de sus Memorias, hay muy pocas que se refieran á esta época; es decir, al espacio de tiempo desde 1789 á 1792, á los últimos meses de su permanencia en Lyon y á los primeros meses de su llegada á París. La Correspondencia con Bancal, abraza precisamente este período. Las diarias impresiones de los memorables sucesos de entonces fielmente transmitidas á esta alma conmovida, son un

precioso tesoro. Las sacudidas, con frecuencia contradictorias; las esperanzas prematuras seguidas de desaliento, y luego acariciadas con más fervor; las opiniones exageradas y apasionadas, hijas de la ira, pasó bien, pronto mitigadas; el buen sentido, que casi siempre preside, la constante sinceridad, todo contribuye á hacer de estas páginas sin artificio un testimonio que honra mucho á quien las escribió, al mismo tiempo que constituye una buena lección para los que buscan en las reflexiones sobre el pasado alguna tendencia de acuerdo con su temperamento, alguna regla para sus opiniones en materia política, algún freno para sus primeros y generosos impulsos. En ellas se siente mejor que en ninguna otra parte la importancia de un punto de contención, de una marcha mesurada hacia adelante, á despecho del ardor alocado de esa alma *girondina* que se perdieron entre M. Nécker y Robespierre.

Madama Roland y su esposo habían acogido la Revolución del 89 con regocijo. Desde 1784 se hallaban instalados en Lyon, pasando algunos meses de invierno en esta ciudad y la mayor parte del año unas veces en Villefranche y otra á dos leguas, en el cercado de La Platière, pequeño dominio campestre frente al bosque de Alix y cerca de la aldea de Thézée. M. Roland, inspecteur de las manufacturas, se dedicaba á los estudios industriales y económicos que su mujer compartía, variándolos por efecto de las lecturas filosóficas y de los poetas. La Revolución, y el movimiento expansivo que se comunicó á todas las almas patrióticas, les puso en correspondencia con varias personas activas de París, particularmente con Brissot, al que M. Roland tenía en mucha estima por sus trabajos sobre los Negros y sus cartas al marqués de Chastelluy y que había fundado por aquel entonces *Le Patriote*, y también con Bancal, que había dejado el notariado para dedicarse de lleno á la política, y que Lanthénas, amigo íntimo de Roland, había encontrado en un viaje. Las cartas á Brissot, inéditas en su mayor parte, están en las manos de M. de Montrol, á quien nunca invitáramos bastante

para que las publicase, y á cuya buena amistad debemos el haberlas leído. El principio de esta correspondencia con Brissot se parece mucho al de la correspondencia con Bancal: « Si mi excelente amigo, escribe Madama Roland á Brissot, en los primeros meses de 1790, tuviese algunos años menos, América nos habría recibido ya en su seno; lloramos menos á esta tierra prometida desde que esperamos de ella una patria. La Revolución, por muy imperfecta que sea, ha cambiado la faz de Francia, ha fomentado el desarrollo de un carácter que antes no teníamos, y deja á la *verdad* un camino abierto del que sus adoradores pueden aprovecharse. » Las rápidas conquistas del 89, estaban, pues, como se ve, muy lejos de satisfacerle; su desconfianza y su aversión contra las personas que dirigían en esta primera época no tardaron en aparecer. Así, á propósito de la sesión real del 4 de Febrero de 1890, cuando el juramento cívico y el discurso de Luis XIV, que causó tan general entusiasmo; ella escribía á Brissot el 11 del mismo mes: « Las opiniones están aquí muy divididas... Se atribuye su discurso á M. Nécker, y aunque al principio hay giros ministeriales y un poco de esa insipidez que en él son muy frecuentes, en general se observa un tono que no es el suyo y algunas veces un llamamiento á lo sentimental que él no ha sabido nunca unir á sus escritos confusos. » Esta prevención contra M. Nécker, que se remonta á 1788, como lo atestigua una palabra en una carta á M. Bose, y que de una manera poco conveniente se ve en la correspondencia con Bancal (pág. 12), no es otra cosa en el fondo, en su crudeza, sino el juicio instintivo y casi invencible de los individuos de raza girondina sobre los de familia doctrinaria, juicio muy amargamente devuelto por estos. Entre Madama Roland y M. Nécker observamos, la disidencia en su origen, el divorcio en su nacimiento; pero los partidos, ó al menos las familias políticas á que pertenecieron, se han perpetuado lo bastante para que podamos generalizar sus caracteres fuera de sus personas. El tipo girondino que se reproduce en cada ge-

ración que llega, es aridente, aventurero, dado á la simpatía popular, confiado sin medida en las reformas rápidas, en la potencia de la única libertad y en la sencillez de los medios; sombrío para con sus adversarios y nunca para con sus aliados, pronto á irritarse contra lo encubierto y lo confuso, negando en seguida á los que se atraviesan en su camino el *sentimiento* y el *corazón*. Estos á su vez, demasiado restrictivos y negativos en su prudencia, sin titubeos en caso de necesidad, en sus sistemas complejos, para limitar ó disminuir el derecho en nombre de la razón del Estado, cargan con la enemistad de los de raza girondina, que ellos unas veces fingien que desprecian y otras los envuelven en una común injuria, afirmando que pertenecen á la secta jacobina para presentarlos como peligrosos. Madama Roland, imputando el maquiavelismo á M. Nécker, á los Comités de la Asamblea Constituyente y á las notabilidades nacionales de 1790, se excedía. Ausente del foco principal, alejada de los sucesos desde el 5 de Octubre, y sin observar los detalles, no veía más que la lentitud y la incertidumbre de la Asamblea y los esfuerzos que hacía para detenerse. Creía demasiado que las luchas de París estaban fielmente representadas en las de Lyon, en las que los intereses del antiguo régimen y del nuevo se hallaban más enconados sin intermediario moderador. Asqueada bien pronto de Lyon, y desesperanzada de ver salir nada de intereses tan ciegos y apasionados en la lucha, añadió irritabilidad á la querrela general en la que antes no había intervenido, y cuya complicación no había previsto ni estando cerca, ni durante la primera fase del entusiasmo. Desconociendo, pues, el papel cada vez más difícil de los hombres sinceros del 89, no viendo desde entonces en la oposición patriótica y en los Constituyentes más que amigos ó enemigos, y persuadida de que en la capital también hacía falta una lucha grande, su punto de partida para su conducta política activa, fué un grave desconocimiento de los hechos, una falsa creencia de la situación. En este estado de espíritu llegó á París en

Febrero del 91, obcecada, con *partipris* y con todos los resentimientos de Lyon, como tropa de refresco en socorro de Brissot y de los demás.

Las cartas de Madama Roland á Bancal y á Brissot, ofrecen una gran cantidad de sucesos interesantes que pueden servir para la historia de Lyon en esta época. Al relacionarlos con los acaecimientos recientes (y no podemos evitar el hacerlo al ver los mismos intereses que se miran amenazadores, las mismas luchas que se recrudecen, y hasta las mismas divisas en las banderas, se ve cuánto dura la llaga y cómo empeora; cuán pocos remedios ha encontrado esta ciencia social tan ponderada después de cuarenta años y cuán medianamente hemos avanzado, á pesar de la inovación perpetua del dios *Progreso* que en todas partes han inaugurado (1).

Madama Roland se nos aparece como uno de los representantes más perfectos, más dignos de estudiar, más elocuentes y más íntegros de esta generación que había deseado el 89 y, á la que el 89 no había satisfecho. Al primer paso se coloca en la vanguardia, y como ella lo sabe, dice: « Al hacernos nacer en la época en que la libertad nace, la suerte nos coloca en la posición de los hijos del ejército que debe combatir por ella y triunfar. Así, pues, debemos cumplir bien lo que nos fué encomendado y preparar la dicha para las generaciones venideras. » En tanto que persiste esta mira filosófica de la situación, su actitud magnánima responde á la verdadera necesidad, y el tiempo ha justificado sus palabras. El desinterés que reclama la causa pública; encuentra en su pluma una virtuosa energía de expresión. « Cuando no se está acostumbrado — dice — á identificar su interés y su ansia de gloria con el bien y el esplendor general, se va siempre mezquinamente hacia el egoísmo y se pierde de vista el fin á que debemos tender. » Mas en el mismo momento, su noble corazón, tan desinteresado y tan desprovisto de ambiciones vulgares, se deja

(1) Esto era en el tiempo en que se escribió este artículo una alusión á las insurrecciones de Lyon en los primeros años del reinado de Luis Felipe.

arrastrar de buen grado á la idea de las turbulencias, y casi las llama para tener la ocasión de desplegar todas sus energías. Bancal, contándole una ascensión que él había hecho á Puy-de-Dôme, había comparado los huracanes y las tormentas que se observa á una cierta altura, con las fatigas que esperaban en su camino penosamente en cuesta, á los amigos de la libertad : « La elevación de esa soberbia montaña — le respondió Madama Roland, — es la imagen de aquella á que llegan las almas nobles en medio de las agitaciones políticas y del tumulto de las pasiones ». Presentía que aquel era su nivel, y, secretamente, su corazón no rechazaba la idea que de un día fuese elevada hasta él. Pero cuando se limita á juicios más prácticos y á opiniones sobre el gobierno, su sistema es sensiblemente defectuoso. Ella profesa, — según dice en un párrafo de sus principales máximas, — la teoría de que *la seguridad es la tumba de las libertades* y que *la indulgencia para con los hombres que tienen la autoridad, servía para invitarlos á que fuesen despóticos*. Más lejos pide á la Asamblea que declare la *libertad ilimitada para la prensa*, de la que se gozaba sin restricción en 1890. En una carta de Diciembre del mismo año á Brissot resumía así todos sus consejos : « ¡ *Cuentos y razón!* No hay más que esto para arreglar los asuntos y para hacer á los pueblos dichosos. » A través de esta flaqueza y de esta falta de ciencia política positiva, vemos algunas veces observaciones muy justas y muy previsoras que demuestran que tampoco se hacía ilusiones sobre el estado real de la sociedad. A propósito de un libelo de Lally-Tollendal, decía de los hombres aliados á este : « Adulan las pasiones de los *descontentos*, seducen á los *hombres sin firmeza*, se aprovechan de los *débiles de espíritu*; quitan á todos esos seres de la sociedad, descontentad á los ignorantes que están influenciados por ellos á su manera, y veréis aún pocos seres de talento y qué corto número de personas sensatas fundan para resistir á la invasión y para predicar la verdad ». Mas el ardor del combate y una especie de alegría marcial la lleva á veces más

lejos. Ante el peligro, sus expresiones son más vivas y su pluma lanza chispazos. Decía, escribiendo á Bocs : « Decís que no se atreven á hablar; lo creo; pero lo que se debe hacer es *tronar* ». Una carta escrita á Lanthenas el 6 de Marzo de 1790, comienza con estos gritos tres, veces repetido : ¡ *Guerra, guerra, guerra!* Y en todas ellas refrena con estos : ¡ *Salud y gozo!* Ó bien : ¡ *Vigilancia y fraternidad!* Se creería la voz del centinela desde la muralla que llama al combate al salir la aurora. El *morbleu* (1) se repite en todas sus cartas. Una carta á Brissot, del 7 Enero de 1794, acaba con estas palabras : « Adiós, solamente; la mujer de *Catón* no se divierte en hacer cumplidos á *Bruto*. »

A partir del mes de Febrero, época en la que Madama Roland vino á París, hasta el mes de Septiembre, época de su vuelta á Lyon, durante esos seis meses de tanta efervescencia, en los que tuvieron lugar la fuga del rey y los sucesos del Campo de Marte, vemos sus disposiciones agresivas desplegarse por grados y exaltarse en la atmósfera turbulenta en que vivía. La correspondencia con Bancal es preciosa para nosotros, sobre todo porque nos ofrece sus impresiones tumultuosas durante este lapso de tiempo. En las páginas de sus Memorias que consagra á esto, las emociones, vivas todavía, son menos agrias por la distancia y por estar fundidas con los juicios de fechas subsecuentes, en tanto que en sus cartas piensa y obra día por día. La vemos despreciando las representaciones teatrales y las diversiones, correr á la Asamblea, encontrarla débil, después llena de co-erupciones, y, por último, juzgarla con severidad primero, y luego con indignación y con cólera. « El 89 y los imparciales — declara sin rodeos, — son los peores enemigos de la Revolución. « Sieyes, Barnave, Theuret, Rabaut, y la mayor parte de los que luego mueren con rilla, no escaparon á los calificativos de *cobardes* y *pérfidos*, y sólo Petion, Buzot y Robespierre le satisfacen. Pero nada es tan expresivo como un artículo dirigido

(1) Especie de juramento jocoso. (N. del T.).

á Bissot, escrito en una sesión de la Asamblea el 20 ó el 28 de Abril (1). A propósito de las guardias nacionales y de su organización, se había llegado á dividir á los ciudadanos, en activos y pasivos, y esa fué la causa de su cólera y de sus lágrimas de sangre. El artículo, que comienza con estas palabras, « *echa tu pluma á la hoguera, Bruio, y ve á cultivar tus lechugas* », acaba con esta metáfora militar : « *Adiós; debemos batirnos atacando ó en retirada; no hay término medio.* » Y, sin embargo, á pesar de estos ardores apasionados, casi temerarios, conservaba una gran clarividencia digna de su talento superior. El juicio sobre Mirabeau es la obra de una bella calma y de una completa lucidez. Y en cuanto á los acontecimientos, se ve repetidas veces que los presiente, y aunque no ignora el camino que sigue, no quiere ni acortar el paso ni volverse. Así escribe á Bancal : « No se trata ahora de morir por la libertad; hay ahora algo más importante que hacer : es preciso vivir para establecerla y para su defensa. » Y más allá : « Yo sé que buenos ciudadanos miran el porvenir con tranquilidad, pero, á pesar de todo lo que dicen, yo estoy convencida de que abusan de su tranquilidad. » Y luego : « Yo creo que los más prudentes son los que declaran que el calcular los sucesos futuros es imposible. » Se extiende largamente sobre esta virtud perezosa que se llama *paciencia*, pero que es tan necesaria á las buenas gentes para llegar á resultados útiles á ellos mismos; pero, por una contradicción singular, ella se impacienta en seguida. Lamentando la captura de Luis XVI, fugitivo en Varennes, ella da por razón que sin este fastidioso suceso, la *guerra civil era inevitable, y, entonces, la Nación hubiera sido una gran escuela de virtudes civiles*. Exasperada por los acaecimientos del Campo de Marte, dice que acaba aplaudiendo los últimos excesos de la Asamblea y deseando mayores aún, como último medio de despertar á la opinión pública. A mí me agrada mucho más su alma vir-

(1) M. de Montrol la ha publicado en la *Nouvelle Minerve*.

gen, largo tiempo contenida, y de repente expansiva, cuando sueña con perspectivas infinitas de esperanza para estos sobrinos que ya no verá más, cuando proclama con lágrimas su fe sin tibiezas en esta religión del porvenir tan respetada aun por los mismos que no la comprenden. Testigo de un triunfo elocuente de Brissot ante los jacobinos, exclama : « Por fin he visto el fuego de la libertad encenderse en mi país y ya no podrá apagarse. Los últimos sucesos la han alimentado, las luces de la razón, se han unido con el instinto de mantenerle y aumentarle... Yo moriré cuando la naturaleza quiera; mi último suspiro será un suspiro de alegría y de esperanza por las generaciones que nos sucederán. »

Los juicios de Madama Roland sobre La Fayette nos asombran por el contraste que forman con el unánime respeto de que hemos rodeado á esta patriótica vejez. En su Correspondencia con Bancal, Madama Roland se muestra muchas veces injusta. En una carta á Brissot en 31 de Julio de 1792, muy importante históricamente, llega á ser, es preciso decirlo, insultante, vomita injurias y califica al virtuoso general en los mismos términos que Voltaire irritado calificaba á Rousseau. Enrojezamos ante estas pasiones políticas y ante los errores que traen consigo, y que más tarde las almas bellas lloran. Madama Roland, quince días antes de su muerte, se retractaba sin duda de su crudeza contra La Fayette, justificándole en los términos siguientes, con motivo de la acusación lanzada por Amar contra Brissot de complicidad con el general : « Él era partícipe del error que sobre La Fayette, arrastrado por teorías que su talento adoptaba, no tuvo la fuerza de carácter suficiente para sostenerse en los momentos difíciles de la lucha, ó, acaso que, asustado por las consecuencias que traerían el tener un gran ascendiente sobre el pueblo, juzgó prudente guardar su equilibrio. » Estas diversas suposiciones, son evidentemente los grados recorridos por Madama Roland en su arrepentimiento por su primera injusticia. Pero se observará

cuántas precauciones toma, lo que prueba que, una vez cometida una injusticia, es muy penoso el repararla (1).

De regreso á París, al final del año 1791, Madama Roland entró, puede decirse así, con su marido en el ministerio en Marzo de 1792. La correspondencia con Bancal, que también vino á París, es muy escasa. Al salir de este primer ministerio, Roland y su mujer habitaron unas veces en una casita de campo en Champigny-sur-Marne, y otras en un piso de la casa núm 81 de la calle de la Harpe (2). Durante los meses que precedieron al 10 de Agosto, la actividad política de nuestra heroína no tuvo tregua; pero la experiencia había dado su fruto, y ya no fomentaba los movimientos como antes y más bien les ponía freno. En sus relaciones con los hombres influyentes, pronto los hubo comprendido con las sutilezas de una mujer, y después clasificado con la entereza de carácter de un hombre. En las proximidades de la crisis inminente del 10 de Agosto, no pedía, como al día siguiente de Varennes, medidas bruscas y absolutistas; deseaba que las secciones unidas pidiesen; no quería el fallo, pronunciado difícilmente sin romper el acta constitucional, pero si la *suspensión provisional*, que aunque con dificultad, según escribía diez días antes á Brissot, era posible fundarla en uno de los artículos de la Constitución. Una carta de Louvet á Brissot, de siete días antes del 1.º de Agosto en el mismo sentido, denota los mismos temores entre la poca fortaleza de una parte y la exageración de la otra. Madama Roland, como Louvet, se quejaba del silencio de la Asamblea y de la actitud de incerti-

1) Es conveniente ver en la *Vida de Madama La Fayette*, por Madama Lasteyrie (1858), la correspondencia de Madama de La Fayette con Roland, ministro, cuando fué detenida en Septiembre de 1792. También se observa una gradación desde los primeros rigores hasta el despertar de los sentimientos de humanidad y de justicia. Madama de La Fayette, en su generoso deseo de ir en socorro del general cautivo, había acabado por tener un apoyo sincero en Roland, es decir, con Madama Roland.

(2) Hoy ocupado (1835) por M. Pitois. (Todo esto ha desaparecido con el nuevo París. *N. del T.*)

dumbre de su amigo en circunstancias tan amenazadoras. El juicio que merecen á Madama Roland los hombres políticos de la segunda época revolucionaria, los que ella conoció y experimentó, es tan neto y definitivo como confuso y equivocado fué el que emitió sobre los hombres del 89; y es que, á partir de 1891, vió desde cerca los acontecimientos y poseyó gran número de datos para juzgarlos. Sus memorias contienen brillantes y verídicos retratos de sus amigos, un poco á lo Plutarco, y es realmente curioso que los dibuja en el momento de la acción, y bajo el aspecto tumultuoso; pero confidencialmente, y no oficialmente; para los íntimos, y no para la posteridad. La carta á Brissot, ya citada (de 31 Julio 1892), contiene indicaciones muy particulares sobre los personajes principales de este grupo ilustre y fraternal que al observarlo desde lejos le rodea una sola aureola. Cada uno está diseñado con pocas líneas, y todos pasan, uno después de otro, ante nuestra vista con sus fisonomías diferentes; el digno Sers (después senador), amable filósofo, habituado á los placeres honestos, pero lento, tímido, incapaz para la revolución; Gensonné, tan débil para con Dumoriez en el asunto de Bonne-Carrière, que no sabe aprovechar el momento para perder á un hombre cuando es preciso; con mucho talento, pero con poca resolución; el estimable Cuadet, por el contrario, expeditivo, pronto al desdén y comprensivo, equivocado sobre la capacidad de Duranthon, que él ayudó á intervenir en los asuntos públicos; Vergniaud, que no le agrada á Madama Roland, demasiado epicúreo, demasiado voluptuoso y con mucha pereza para esta alma de Cornelia, quien dice que aun no permitiéndose el juzgarle, y no explicándose las contemporizaciones del despreocupado y sublime orador que nosotros juzgamos simples caprichos y negligencia de carácter, le encuentra demasiado cuidadoso de su *toilette*, y que se desconfía, no sabe porque, de su mirada sin brillo y que no obstante, se ilumina con la magia de su palabra. El retrato final que da de él para reparar la injusticia